llegó delante de la puerta de la casa, los hetmanes y los jefes de los ancianos le ofrecieron, segun la costumbre, el pan y la sal... En la mañana del 26, dió el emperador diferentes audiencias y visitó los establecimientos públicos. Se volvió á Asof por el camino de Sraro-Tcherkask, y llegó á Taganrok el 27 de octubre.

El 1°. de noviembre, salió para hacer un viaje á la Crimea, y visitó á Mariopol, Perekop, Sympheropol, Bakhtchisarai y Eupatori. El 31, dirijió al minisiro de hacienda un ukase en el que decia: « Que para adoptar todos los medios posibles en favor de Taganrok, punto de tanta importancia para el comercio interior de la Rusia, ordenaba Su Majestad que la décima parte de todos los derechos de aduana percibidos en aquella ciudad, al máximo de un millon por año, fuese puesto en reserva para las mejoras del puerto y para la construccion de los edificios necesarios, sobre una escala proporcionada á la estension de su comercio.»

A su vuelta de la Crimea, quedó el emperador tan pasmado, en los alrededores de Sebastopol, de la hermosura de la vejetacion meridional, que dijo al jeneral Diebistch y al conde Vorontzof que le acompañaban. «Si algun dia me separaba de los cuidados del gobierno, querria pasar el resto de mi vida en este sitio.» Ocupado en aquellas ideas, entró en un monasterio de las cercanías, donde permaneció mas de una hora absorto en una piadosa contemplacion. Cuando se reunió á su escolta, se quejó de que se hallaba mal y que sentia calofríos; la calentura, que se declaró con intermitencia, se hizo repentinamente mas violenta, y el emperador se apresuró á volverse á Taganrok, al lado de la emperatriz Isabel. Como estaba dotado de una constitucion robusta, su enfermedad no hubiera sido peligrosa si se le hubiera socorrido con tiempo; mas él habia juzgado su mal con demasiada lijereza, y, durante los primeros quince dias, no quiso tomar ningun medicamento. Era ya demasiado tarde cuando por último escuchó las solicitaciones de su familia y las piadosas observaciones del archimandrita. Su enfermedad empeoró rápidamente; mas conservó el uso de sus sentidos hasta la última hora, en la que dictó su testamento. La emperatriz Isabel le prodigó los mas tiernos cuidados; durante cinco dias y cinco noches, no se separó de la cabezera de su cama. Las últimas palabras del emperador fueron: «¡Ah! ¡qué dia tan hermoso!» Se habian corrido las cortinas de los balcones y el sol de otoño lanzaba sus rayos en el aposento. Cuando el emperador rindió el último suspiro, entre los brazos de Isabel, reunió ella todas sus fuerzas para cerrarle los ojos y estrecharle entre sus brazos; despues de aquel esfuerzo se desmayó. Las dos cartas siguientes, escritas por la emperatriz Isabel, la víspera y el dia de la muerte de Alejandro, pertenecen á la historia; ellas honran al mismo tiempo á Alejandro y á la que le sobrevivió tan poco tiempo.

Taganrok, 18 de noviembre de 1825.
(30 de noviembre).

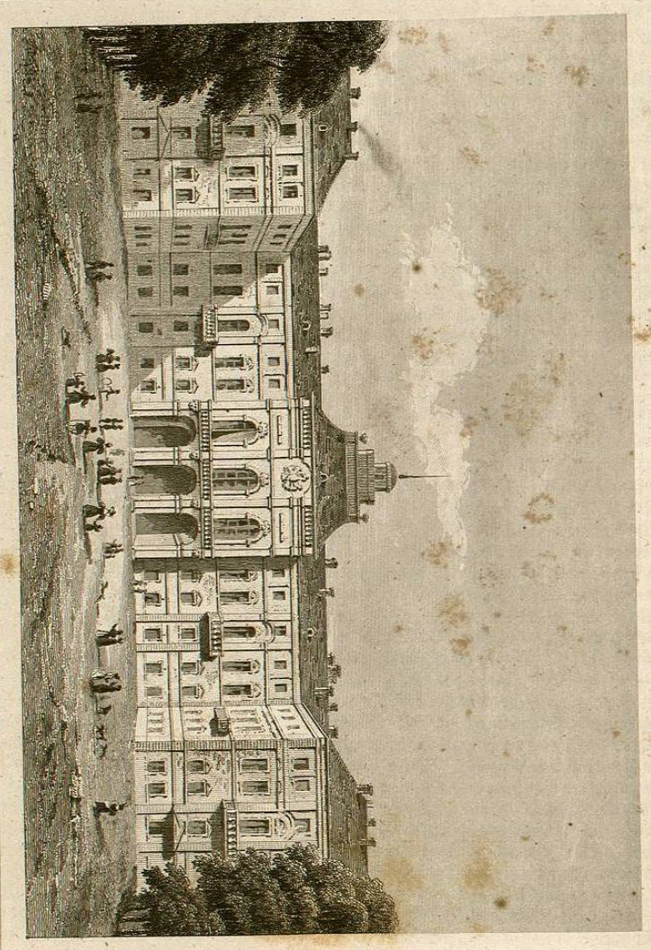
«Mi querida mamá,

«No me hallaba en estado de escribiros por el correo de ayer. Rindamos hoy mil y mil acciones de gracias al Sér supremo. Decididamente la salud del emperador, de este ánjel de bondad en medio de sus sufrimientos va mucho mejor. ¿Para quién reservará Dios su infinita misericordia, sino para él? ¡Oh! ¡Dios mio! ¡qué momentos de afliccion he pasado! Y vos, mi querida mamá, ya puedo figurarme vuestra inquietud; vos recibís los boletines; vos habeis visto pues á qué estremidad estuvimos reducidos ayer, y sobre todo por la tarde; pero Wilie (el médico inglés) dice hoy que el estado de nuestro querido enfermo es satisfactorio, pero está muy débil. Querida mamá, os confieso que no sé lo que me pasa, y no puedo deciros nada mas. Rogad con nosotros, para que el Señor cure completamente á nuestro muy querido enfermo.

«ISABEL.»

(19 de noviembre)

¡Nuestro ánjel está en el cielo, y yo estoy penando todavía en la tier-



Palacio de Shelna.

RUSSIE. RUSIA. 60

ra!.. ¿Quién hubiera pensado que yo enferma le habria sobrevivido?.. No me abandoneis, mi querida mamá, puesto que me hallo absolutamente sola en el mundo.

« Nuestro querido difunto ha vuelto á tomar su aspecto de bondad; su sonrisa me prueba que es bienaventurado, y que tiene delante de la vista objetos mejores que los de aquí abajo. Mi único consuelo en esta desgracia irreparable, es la esperanza de no sobrevivirle; yo espero reunirme con él bien pronto.

« ISABEL. »

Los presentimientos de la emperatriz no la habian engañado; no tardó en reunirse en la tumba con el objeto de sus constantes afecciones.

Sin embargo Petersburgo estaba anegado en una viva ansiedad; las noticias que traian los correos de Taganrok esparcian tan pronto la esperanza, tan pronto la consternacion. El 8 de diciembre, se recibieron noticias mas favorables; tenian la fecha de 29 de noviembre, y anunciaban, como lo hemos visto mas arriba, una mejora sensible. Sir James Wilie, en su boletin del mismo dia, escribia que con la ayuda de revulsivos habia conseguido sacar á Su Majestad del estado letárjico en el cual habia permanecido durante mucho tiempo, de modo que habia fundadas esperanzas para esperar los mas felices resultados.

En la mañana del 9, trajo un correo la noticia que el emperador habia espirado el 1.° de diciembre, entre diez y once de la mañana. Se celebraba un *Te deum* de acciones de gracias, cuando, instruido Nicolás antes que nadie de la pérdida que acababa de hacer el imperio, mandó suspender el servicio divino, y suplicó al archimandrita de pasar á casa de la emperatriz madre para prepararla á recibir aquella noticia dolorosa.

Hemos creido deber entrar en estos detalles, que no son del dominio de la historia, porque era preciso confrontarlas con algunas versiones bien diferentes, y que el lector habria podido adoptar sin examinarlas.

Alejandro fué jeneralmente sentido, á pesar de que su muerte haya sido la señal de una sublevacion preparada muy de antemano; su piedad viva y sincera le conciliaba al clero; su dulzura y su filantropía, que se hallaban marcadas en sus facciones, le ganaban los afectos de cuantos le acercaban, su constancia en los tiempos difíciles, la gloria de las armas que refleja siempre sobre el jefe, aunque por otra parte no hubiese poseido ninguna de las calidades que constituyen el guerrero, todo le hacia ser amado de un pueblo que obedece aun á los príncipes malos, y que profesa un verdadero culto por los buenos.

La sencillez de Alejandro habia felizmente obrado sobre las costumbres públicas; el gusto de las artes y de la literatura tomó bajo su reinado un vuelo admirable. Durante su reinado, que fué tan ajitado en los quince primeros años, los conocimientos militares hicieron grandes progresos, y la instruccion pública recibió un desarrollo, cuyo efecto han juzgado prudente amortiguar. La pintura, la arquitectura, el arte tipográfico dieron tambien pasos ajigantados. Los ornatos de San Petersburgo colocaron aquella ciudad en el primer rango de las capitales de la Europa, y el emperador, á su vuelta del estranjero, pudo decir sin exajeracion al cuerpo de los negociantes reunidos en la Bolsa: « He visitado las ciudades mas célebres de la Europa; me encuentro dichoso de deciros que Petersburgo es la ciudad mas hermosa del mundo. »

Ahora pasamos á hacer conocer á nuestros lectores algunos rasgos anecdóticos de Alejandro.

« Su ternura por el coronel Laharpe era mas bien una piedad filial que miramientos de un discípulo; preferia su sociedad á todos los placeres de su edad. Un dia que se arrojaba á su cuello, sus vestidos se llenaron de polvos: Ved, mi príncipe, le dijo Laharpe, cómo os habeis puesto. — ¡Oh! no importa, respondió Alejandro, nadie me regañará por llevarme todo cuanto pueda de mi querido preceptor. Durante su estancia en Paris, en 1814, fué á visitar á madama Laharpe. Como se quedaba de

pié, le dijo Alejandro: Mucho habeis cambiado, madama.—Señor, respondió ella, como todo el mundo; las circunstancias...—No me entendeis; quiero decir que no tomais asiento, como acostumbrabais hacerlo, al lado del discípulo de vuestro marido, hablando familiarmente con él. »

Su beneficencia se dió á conocer sobre todo cuando la inundacion de la capital: no contento con prescribir con la mas activa solicitud las medidas reparadoras que reclamaban las circunstancias, quiso conocer por sí mismo toda la estension de aquel desastre. Todos los dias, solo ú acompañado del jeneral Benkendorf, iba á los arrabales mas distantes, y consolaba á los desgraciados mas todavía con sus palabras que con los socorros efectivos de su munificencia.

En 1807, el emperador, en uno de sus viajes á Polonia, habiendo adelantado á su comitiva, vió muchas personas reunidas en las orillas del Wilia; y, acercándose á aquel sitio, vió que acababan de sacar de aquel rio á un aldeano que parecia sin vida. Apeóse inmediatamente, hizo colocar el cuerpo á la orilla del agua, y se ocupó inmediatamente de prodigarle los socorros que reclamaba su estado. Su comitiva no tardó en alcanzarle. El doctor Wilie ensayó de sangrar al aldeano, mas en balde; y, despues de tres horas de tentativas inútiles para volverle á la vida, declaró que era inútil continuar. El emperador suplicó al médico que no se desanimara, y que recurriese nuevamente á la sangría. Esta vez, aunque el doctor desesperaba del éxito, apareció la sangre, y poco á poco recobró el muribundo el uso de sus sentidos. A esta vista y en la emocion de su alegría, esclamó el emperador ¡Dios mio! ¡este es el mejor dia de mi vida! y algunas lágrimas se le escaparon de sus ojos. Redoblaron los esfuerzos; Alejandro desgarró su pañuelo para ligar el brazo del enfermo, y no se separó de él hasta que le vió fuera de peligro. Despues de haber salvado la vida del pobre Polaco, le hizo dar una suma considerable; y, mas adelante, le tomó á su cuidado juntamente con toda su familia.

El amor de la justicia hermanaba con su espíritu de amor hácia el órden. Un dia, en el momento en que acababa de dar el santo, y que la guardia en la parada estaba sobre el punto de hacerle los honores militares, se acercó á él un hombre cubierto de andrajos, con el pelo suelto y los ojos hundidos, y le tocó con la mano en la espalda. El monarca, que en aquel momento tenia la cara vuelta hácia la línea de frente de la guardia, se volvió con prontitud, y, reparando aquel hombre delante de él, se retiró al principio de sorpresa, y en seguida le preguntó con un aire desconcertado qué era lo que queria.—Tengo alguna cosa que decirte, Alejandro Pavlovitch, respondió el desconocido en lengua rusa.—¡Eh bien! habla pues, replicó el emperador, volviendo á tomar su espresion acostumbrada de bondad. Medió una larga pausa; la guardia militar quedaba inmóvil, y nadie se atrevia, ni con la voz ni con el jesto, á turbar aquella entrevista singular. El gran duque Constantino solo, se avanza un poco hácia su hermano. Entónces aquel hombre dijo que él habia sido capitan al servicio de la Rusia, y se habia hallado en las campañas de Prusia y de Italia; pero que habia sido perseguido por su jefe, y calumniado de tal modo cerca de Souvorof, que habia sido echado de su cuerpo, sin amigos, y sin recursos, en un pais estranjero. Que mas tarde, habia servido como simple soldado en el ejército ruso; y, que habiendo sido gravemente herido en Zurich (aquí levantó sus andrajos é hizo ver muchas cicatrices), habia permanecido, hasta el fin de la campaña, en una prision francesa. Por último, que habia vuelto á San Petersburgo pidiendo limosna por los caminos, con el designio de dirijirse al emperador en persona para obtener justicia, y suplicarle mandase hacer una informacion sobre los motivos que le habian hecho degradar. El emperador le escuchó con atencion, y le preguntó en seguida con un tono severo: ¿No hay ninguna exajeracion en la relacion que me acabais de hacer?—Perezca yo bajo el knout, dijo el oficial, si se encuentra que he faltado á la verdad en una sola palabra. El emperador hizo entónces una seña á su hermano, y le encargó que condujese aquel militar al palacio, mientras que él pudiese por sí mismo ocuparse de aquel asunto. Habiendo salido el suplicante purificado de aquella informacion, fué reintegrado en su grado, y recibió además una gratificacion.

Cuando anunció al jeneral Koutousof su elevacion al rango de príncipe de Esmolensko, en recompensa de sus servicios en la campaña de 1812, acompañó á su carta una joya de gran precio, que habia hecho parte de los adornos de la corona imperial, como homenaje tributado al valor de un hombre que habia defendido tan hábilmente aquella corona. Hizo reemplazar la alhaja imperial con una placa en oro sobre la cual estaba inscrito el nombre de Koutousof. »

En 1802, con ocasion de pasar el emperador, la nobleza de Livonia dió una brillante fiesta, á la cual, segun la costumbre, no pudieron ser admitidos los ciudadanos. Alejandro no se presentó en ella, y dió al siguiente dia un baile á la ciudad de Riga, en el que bailó indistintamente con las damas nobles y las ciudadanas.

Cuando el viaje que hizo á San Petersburgo madama Stael, fué presentada á Alejandro quien la recibió con la distincion debida á sus talentos. «Vuestros ojos, dijo el monarca, se encontrarán aquí heridos con la esclavitud de los aldeanos; he hecho todo cuanto me estaba permitido hacer; he dado la libertad á los aldeanos de mis dominios; mas estoy obligado á respetar los derechos de la nobleza, como si tuviéramos una constitucion que desgraciadamente nos falta. » —Señor, respondió madama de Stael, vuestro carácter es una constitucion.—En este caso, replicó Alejandro, yo no soy mas que un feliz accidente.

Su bondad natural no se hallaba exenta de una finura cuyo éxito era tanto mas seguro por cuanto se ocultaba bajo formas las mas amables y atractivas. Un dia le manifestaron el temor de que volviesen á quitar á los adquisidores los bosques comunales, vendidos por órden de Napoleon; el emperador, despues de haber reflexionado un momento, se esplicó poco mas ó menos en estos términos:

« Que no tengan mas temor por toda especie de dominios del estado que hayan comprado que por los bienes mismos que hayan heredado de sus padres. La sola fe de los compradores seria una baya suficiente, aunque no hubiese otras.

« Los que os gobiernan no tocarán jamás á aquellos bienes. Además de que, ¿no hallarán siempre con el tiempo buenos medios de indemnizar poco á poco, conforme á la equidad y á la razon, las comunidades ó los particulares que tienen justos derechos para reclamar?

« Poneros bien en la idea que no venimos á deshacer nada en vuestra casa, que no queremos mal ni á la Francia ni á ninguna clase de Franceses, ni á ningun Francés. Nosotros no atacamos y no perseguimos mas que á vuestro emperador; solo á él queremos mal.

« Si sufrís con nuestra presencia, cuando tomamos tantas precauciones, recapacitad un poco cuánto han debido sufrir nuestros pueblos con vuestras tropas. Yo sé muy bien que todos los soldados no son tan reservados como sus jefes, á pesar de los mas severos ejemplos de disciplina. Mas lo que no podemos impedir es una continuacion inevitable de la guerra.

« ¡Habia ya tanto tiempo que no la habiais visto en vuestras comarcas! Esto es lo que os hace encontrarla ahora mas horrible. Por lo demás, yo sé bien cuán dignos sois de compasion; sobre todo los habitantes de estas llanuras (se hallaba en Bar-sur-Aube), que ha venido á ser el eje de nuestros movimientos.

« Por lo menos, yo puedo responder de la conducta de mis Rusos. Los pretendidos bárbaros del Norte están

disciplinados. No se han echado á perder haciendo la guerra al estilo de Napoleon.

«¡Cuántos males nos ha causado ese hombre! Os hablaba sin cesar del jenio del mal; él era dicho jenio.... ¡Cuántas calamidades os ha acarreado!... Mas yo espero que jamás se nos podrá imputar ninguno de vuestros males.

«Yo estimo á los Franceses, yo los amo por inclinacion. Yo me lisonjeo igualmente pensando que ningun Francés es el enemigo ni de Mí ni de mi pueblo, como la Rusia es necesariamente la aliada mas natural y mas segura de la Francia.

«Nadie se ha hecho mi enemigo entre los Franceses mas que su emperador.

«¿No creereis acaso que le he amado?... ¡Es por tanto bien cierto!... Preguntádselo á Tolstoi. Yo le creia todo honor, al paso que no era mas que orgullo y perfidia.

«Me habia seducido, despues de tantos éxitos, con sus protestas y sus discursos en Tilsitt y Erfurt. Tolstoi estaba encantado y enorguecido con el gran cordon de su órden. Mis ministros me han oido decir muy á menudo: ¡He aquí un soberano! Su alianza puede serme tan honrosa como útil.

«¡Cuántas veces me ha repetido que no podia jamás caber en sus intereses ni en su corazon el estar un minuto en guerra conmigo! ¡Cómo me ha engañado! Pero la divina Providencia me ha socorrido.

«Yo no sé realmente todavía en el dia de hoy cuál es el motivo que le ha movido á hacerme la guerra. Si ha venido á atacarme únicamente para vengarse de una antigua negativa de casamiento, como se ha dicho, era una insigne locura. Si es á causa de los Ingleses, ¡oh! yo no le era tal vez sino demasiado favorable en este asunto.

«Yo no amo tal vez á los Ingleses mas de lo que los amaba él mismo.., Sin embargo yo no puedo negar que sus relaciones son útiles á mis pueblos...

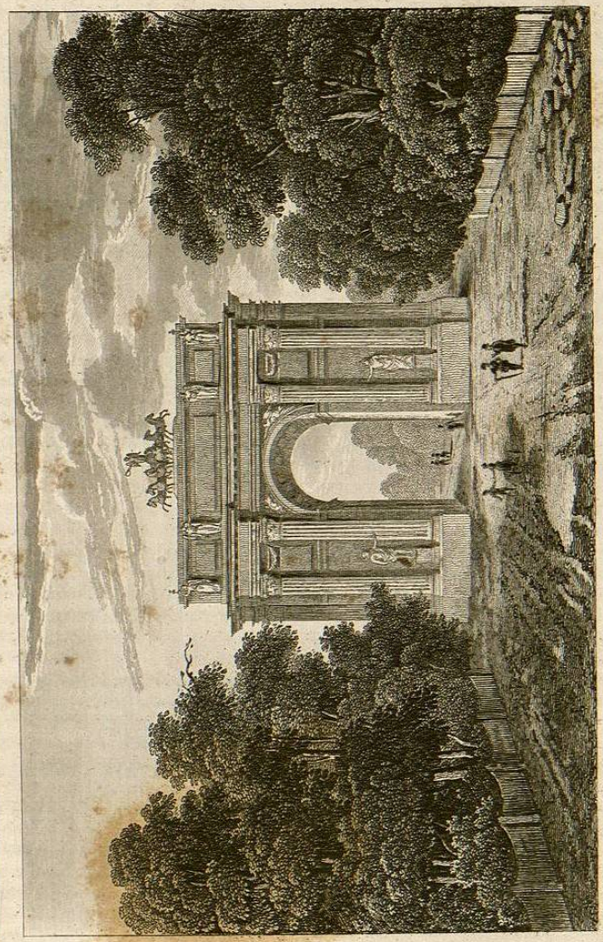
«¡Era tan fácil que la Francia, en su posicion, atrajese insensiblemente á los Ingleses, entrando desde luego en todas sus miras mercantiles, para no ser un dia mas que los conductores, corredores y empresarios de su comercio marítimo!

«La Europa habria ganado mucho en ello... La mala política de vuestro emperador lo ha echado á perder todo. Su insaciable y orgullosa ambicion le ha perdido á él mismo... En el paso del Niemen, le hice todavía hacer proposiciones para contener la guerra. Consentia yo en todo. Respondió á Tolsloi: *Es un vaso lleno, es preciso vaciarle.* ¡Eh bien! él le ha vaciado hasta las heces.

«Por lo demás, si él quiere, sus negocios no están aun en muy mal estado. Acaban de hacérsele condiciones bastante buenas. Si consiente en ellas, bien pronto os vereis desembarazados de nosotros. Yo soy de buena fe, pero temo que con este hombre todo ello no sea muy duradero. Si no acepta, ¡oh! entónces se acabó; marchamos sobre Paris, y le destronamos. Es un negocio concluido. Y cualesquiera que sean sus últimos esfuerzos, será preciso que sucumba, aunque pudiese lograr levantar un nuevo ejército grande. La Europa tiene aun, en el momento en que os hablo, mas de cuatrocientos mil combatientes en Francia; seiscientos mil hombres están prontos á sucederles, y levantarémos el doble si es menester.

«Habiendo sufrido los aliados varios reveses mas tarde, dice Rabbe, se trató de volver á pasar el Rin; el príncipe de Schwartzemberg insistió sobre la utilidad de aquella retirada; mas el emperador Alejandro se opuso á ella, haciendo ver que no conocian todavía al enemigo con quien tenian que habérselas; que los aliados perderian para siempre todas sus ventajas retirándose; que la Francia, visiblemente debilitada por tantos esfuerzos, abandonaba á Napoleon y ponia en ellos toda su esperanza de salvacion; pero que dentro de pocos meses, podia volverse, en las manos de un hombre semejante, un instrumento invencible.

«El emperador quiso pues que se redoblasen los esfuerzos, que se pu-



Arco de Triunfo de Petershof.

siesen en movimiento todas las reservas, y que se arreglasen nuevas levas; en fin, que no se diese ningun descanso á las tropas aliadas, ningun respiro al enemigo hasta llegar á Paris. « No es á la Francia, continuó, á quien hacemos la guerra, es á Bonaparte. Esforcémonos pues á quitarle prontamente la Francia que se le escapa. Pasemos el Sena en Paris; ese es nuestro Rin: y todo quedará terminado. »

En la audiencia que dió al senado, el 2 de abril, dirijió á aquel cuerpo la siguiente alocucion: « Un hombre, que se decia aliado mio, ha entrado en mis estados como un injusto agresor; á él es á quien he hecho la guerra, y no á la Francia; yo soy el amigo del pueblo francés... Es justo, es prudente dar á la francia instituciones fuertes y liberales que sean análogas á este siglo ilustrado; mis aliados, igualmente que yo, no han venido mas que para protejer la libertad de vuestras decisiones. »

El emperador se detuvo entónces un momento, y dijo con emocion: « En prueba de la alianza duradera que yo deseo contratar con vuestra nacion, la entrego todos los prisioneros franceses que se hallan actualmente en Rusia. El gobierno provisional me ha pedido este favor. Yo le concedo al senado en consecuencia de las resoluciones que ha tomado en el dia de hoy. »

Durante su permanencia en Paris, visitó Alejandro con el mas gran detalle los establecimientos públicos, las fábricas y las manufacturas mas célebres. Consagró muchas horas á la visita de la tipografía de Didot, inventor de la esterotipa.

Respondió á Mr. Lacretelle, que le fué presentado á la cabeza de una diputacion del Instituto de Francia: « Toda mi vida he admirado los progresos que los Franceses han hecho en las ciencias y en la literatura. Dichos progresos han contribuido sobre manera á esparcir los conocimientos en Europa. Yo no les achaco las desgracias de su pais, y tomo un vivo interés en el restablecimiento de su libertad. Mi única mira es la de ser útil á la libertad, y este es el solo motivo que me ha conducido á Francia. »

A imitacion de Pedro I, que quiso ver á madama de Maintenon, sobreviviendo al esplendor del gran siglo, Alejandro se apresuró á visitar a Josefina, á aquella mujer que se habia resignado á la mas sensible de todas las desgracias, pero que se encontró débil é inconsolable delante de los reveses del hombre que ella no habia cesado de amar. Muchas veces fué Alejandro á verla, á la Malmaison. Sabedor de que se hallaba en la última estremidad, llegó á su casa en el momento en que el príncipe Eujenio y la reina Hortensia recibian de rodillas la bendicion maternal. Asistió con un recojimiento doloroso á aquella escena llena de saludables lecciones; y, cuando la emperatriz estaba ya en el ataud, se acercó al cuerpo; levantó la mortaja, y, en una última alocucion, esprimió de un modo tan sencillo como tierno su aprecio y sus sentimientos.

Tal fué Alejandro, en las diferentes fases de su vida política y privada; siempre humano y bienhechor, cuando el soberano reemplazaba al hombre; mas confundiendo, por decirlo así, todas sus virtudes con las miras las mas delicadas, cuando las circunstancias le llamaban á las exijencias de su alta posicion. Las calidades de aquel príncipe fueron la obra de la naturaleza; su engrandecimiento, la de la fortuna.

NICOLAS I.

(1825). Nos hallamos en la posicion de tener que desarrollar los primeros años de un reinado que dura todavía, y de enlazar, en cierto modo, lo presente con lo venidero; aquí, altas conveniencias vienen á entorpecer las interpretaciones históricas; favorables al monarca, tomarian el carácter de la adulacion; severas ó acusadoras, parecerian dirijirse á simpatías de otro órden, porque el infortunio tiene tambien sus aduladores interesados; por lo tanto, el historiador, que está ceñido á la simple narracion de los hechos, ordinariamente se queda mas corto de lo